

## Cuatro obras de Juan José Lahuerta



Loos hablaba, en *Arkitektur*, de la grandeza de las construcciones de los antiguos romanos, quienes no estaban ya en situación de inventar un nuevo orden de columnas, un nuevo ornamento: se encontraban demasiado avanzados para ello. Pero ahora, cuando incluso los órdenes griegos han desaparecido de las grandes estructuras romanas, cuando las bóvedas se han hundido y con ellas el mármol, los mosaicos, los enlucidos, las pinturas que les recubrían han dejado de existir, cuando una visión literaria, por tanto, de esa arquitectura, es ya imposible, es cuando más nos impresionan sus paredes de ladrillo o de hormi-

gón. Pienso, por ejemplo, en los altos, paralelos muros del praetorium de la Villa de Adriano, cerca de Tívoli, que en su lógica rigurosidad permiten ver todavía los forjados que entre ellos debían tenderse, las galerías que los unían, todo aquello que ya no existe; o, todavía en la villa, en el impresionante muro central del pincile, cuyas muescas continuas, horizontales, surcan el opus reticulatum a lo largo de una pared recta, tersa, paradigmática; o en los muros desnudos y cortantes del interior del Coliseo, convertidos en estructura sobre la que todo el edificio puede aún adivinarse en el aire, reconstruirse, comprenderse

en la fantasía; o en aquellos muros dibujados en algunas miniaturas medievales, como la crónica de Jean de Courcy, en la que se elevan desde la tierra de forma casi automática, ajenos a lo que les rodea, pero construyendo inmediatamente la forma de todo el edificio que, sin embargo, aún no existe: muros, todos ellos, que se han convertido en hecho autónomo, cuyo sentido, si así puede llamarse, reside única y exclusivamente en su propia existencia, ya inútil, y, por eso mismo, magnífica: su existencia de ruina.

\* \* \*

En el capítulo III de la segunda parte de *Die Wahlverwandtschaften*, Goethe escribe en el diario de Otilia: "(El arquitecto) aplica todo su espíritu, toda su inclinación, a la obra de crear lugares de los cuales él ha de quedar excluido"; pero más arriba, en el primer capítulo, ha hecho exclamar al arquitecto: "No del recuerdo, sino únicamente del lugar hemos de liberarnos". Así ha de ser para que el edificio manejado, utilizado, transformado por la vida, permanezca siempre idéntico, no en el lugar, sino en el recuerdo de los que alguna vez lo vieron.

Juan José Lahuerta

## Reforma y ampliación de una antigua masía para Centro Cívico del Guinardó

Avda. Virgen de Montserrat, 130. Barcelona.

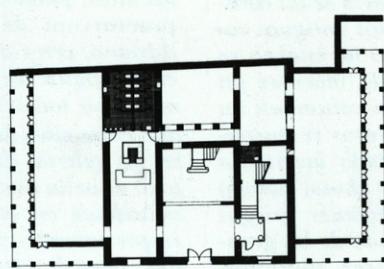
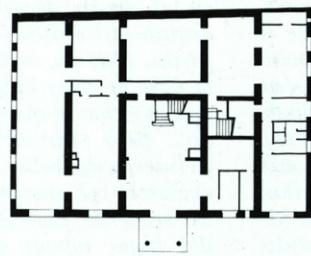
1980/81

El proyecto pretendía, ante todo, descubrir la estructura esencial de la masía: los muros, las bóvedas, las tres crujías, el prisma de base cuadrada (20 x 20) que era su núcleo. Para ello, se han eliminado las antiguas compartimentaciones que principalmente en la planta baja desfiguraban las largas naves abovedadas originales. Los muros y las

bóvedas, al mostrarse en soledad, dejan adivinar una forma constructiva que adquiere así un carácter ideal. Los elementos de la nueva distribución se han introducido como objetos aislados, independientes de la verdadera estructura. Por ejemplo: el almacén del bar en la planta baja o las galerías metálicas de la biblioteca en la primera. Por otra parte, to-

do el espacio se ha ordenado por medio de un procedimiento perspectivo clásico: muros paralelos que se desarrollan en profundidad respecto al espectador, cuyo eje de vista atraviesa un vacío que pone en evidencia esa regularidad geométrica. Para dar cabida a las nuevas necesidades la masía se ha ampliado con dos alas en la planta baja. Se han

derribado unos pequeños cobertizos que existían en el lugar de la ampliación. De esa forma el prisma original se ha recuperado en toda su pureza. Las nuevas alas porticadas se detienen antes de tocarlo, permitiendo su contemplación aislada e insistiendo en su simetría.



*Estado primitivo.*

